



Europa, la cultura rota

Parece ser que en algún momento de su vida Jean Monnet dijo que, si tuviera que volver a pensar la Unión Europea, no empezaría por el carbón y el acero, sino por la cultura. Y lo cierto es que tras diversas crisis y un terremoto sin precedentes desencadenado por el *Brexit*, la ansiada unión cultural de Europa parece haberse diluido en un mar de números, ajustes y burocracia. Por eso El Cultural ha reunido a Mauro Armiño, Adan Kovacsics y Miguel Sáenz, tres de los grandes traductores e intérpretes de algunas de las literaturas continentales. Con ellos revisamos el difícil trasvase cultural entre las naciones del continente.

“Tras haber sucumbido a los dogmas identitarios hasta caer en el crimen, está surgiendo ahora un “nosotros” europeo”, escribía Julia Kristeva en uno de los artículos de *La búsqueda de Europa* (BBVA). Kristeva, de origen búlgaro y nacionalidad francesa, era optimista: “La cultura europea puede ser la avenida central que logre conducir a las naciones del continente hasta una Europa Federal”.

Habrà quien piense que, desde que Kristeva escribió su artículo en 2013 (era optimista, pero no ingenua: hablaba ya entonces de la necesidad de “aprender a respetar nuestras diferencias culturales”, de la Europa ortodoxa y musulmana al sufrimiento de los griegos por su crisis financiera), no han hecho sino crecer las dudas so-

bre ese sentimiento común al que aludía. Los partidos euroescépticos o directamente eurófobos toman fuerza en el mismo centro de Europa y el *Brexit* amenaza con ser solo la primera de muchas turbulencias.

Mauro Armiño, Adan Kovacsics y Miguel Sáenz han contribuido como pocos, con sus traducciones y ensayos, al intercambio entre culturas europeas. Kovacsics (Santiago de Chile, 1953) es hijo de emigrantes húngaros. Formado en Viena, se instaló en los ochenta en Barcelona. Ha ganado el Premio Nacional de Traducción por toda su trayectoria—Joseph Roth, Kertész, Béla Halmvas—tanto en Austria como en España. Después de *Guerra y lenguaje* (Acantilado), su ensayo sobre la “catástrofe de la palabra” en la Primera Guerra

Mundial, y *Karl Kraus en los últimos días de la humanidad* (Ediciones UDP), acaba de publicar su primer libro de ficción, *El vuelo de Europa* (Subsuelo).

A su lado está Miguel Sáenz (Larache, Marruecos, 1932), también Premio Nacional de Traducción, académico e intérprete ya clásico del alemán, y antes piloto, jurista y hasta general del Ejército del Aire. Ha traducido a escritores como Thomas Bernhard (también es su biógrafo), Peter Handke (su primera traducción literaria profesional fue *Carta breve para un largo adiós*), Günter Grass (de quien fue amigo personal) o Bertold Brecht, y en 2009 se convirtió en el primer traductor investido “honoris causa” por la Universidad de Salamanca. Por último, Mauro Armiño (Burgos, 1944) es uno de los traducto-

res más reconocidos del francés. En su currículum figuran clásicos como Balzac, Proust o Rimbaud.

Pregunta.— Esta va para Sáenz y Kovacsics. Cada vez hay más editoriales interesadas en Centroeuropa. ¿Por qué se ha tardado tanto?

Miguel Sáenz.— Debo confesar que, a pesar del gran Claudio Magris, nunca he tenido muy claro qué es Centroeuropa ni cuáles son sus fronteras. ¿Qué hacemos con un Canetti, un Cioran, un Celan?

Adan Kovacsics.— Yo creo que es un proceso natural. Lo de antes era una anomalía: que una parte de Europa desconociera las obras de la otra, que ciertas lenguas y ciertas literaturas fueran impermeables a otras lenguas y a otras literaturas europeas. Eso sí, queda

muchísimo por hacer, puesto que aquí se sigue hablando del lector de las literaturas centro-europeas como de un lector "minoritario".

P.— ¿A qué autores en español han influido más las literaturas continentales?

A. K.— ¿No ha impregnado un autor centroeuropeo como Franz Kafka la literatura en general y, por tanto, también la española y latinoamericana? Es un ejemplo. O pensemos en Thomas Bernhard, que influyó en Félix de Azúa, en Piglia, en Castellanos Moya... Sé que un escritor chileno, Jorge Polanco, publicará en breve un ensayo sobre Imre Kertész. Sé que la obra de Krasznahorkai interesa a jóvenes escritores...

M. S.— Solo puedo decir algo sobre Bernhard, cuya popularidad en América Latina ha sido notable en los últimos años. A los nombres citados por Adan podría añadir los de Juan José Saer, Edmundo Paz Soldán, Alan Pauls, Fogwill, Juan Villoro, Patricio Pron, Sergio Chejfec... Lo que más me impresiona es que, al parecer, Bernhard ha sido un autor muy leído en Cuba, donde sus libros, demasiado caros, pasaban de mano en mano.

Mauro Armijo.— No sé. Se habla a menudo de la decadencia de Francia, pero no es un problema de Francia, lo es también de Italia, de España, de Alemania. La influencia de todas estas naciones, y de sus literaturas, se ha reducido en favor de Estados Unidos, en donde hay un puñado de escritores realmente notable. Francia tuvo su momento de esplendor entre 1875 y 1925,

cuando la aristocracia se vino abajo: este es el terreno de Proust, que hace la crítica más brutal a esa sociedad que se ha escrito nunca. Lo que pasa es que en el 68—antes y después—la izquierda puso de moda despreciar a Proust porque se tiraba treinta páginas para contar cómo besaba a su madre.

P.— ¿No sigue vigente en España la fascinación por lo francés? Cada visita de Houellebecq es un acontecimiento cultural.

M. A.— No creo que el fenómeno de Houellebecq esté del todo justificado, creo que aquí en España se le espera por la parte escandalosa. Es una moda, una estrategia de marketing editorial muy bien llevada. En mi opinión, no hay mejor muestra de la mala situación de la cultura en Francia que el hecho de haber sustituido a un portento como Balzac por un provocador como Houellebecq. Balzac era capaz de analizar la sociedad como nadie, desde todos los puntos de vista. Marx decía que había aprendido más economía con Balzac que con cualquier estudio académico.

P.— ¿Hay al menos indicios de una continuidad cultural entre los países europeos?

A. K.— No, no. Alguna vez quizá los haya, pero no ahora.

M. S.— Opino igual: hoy esa continuidad cultural no existe.

P.— Sáenz ha hecho notar sus dudas sobre el término "Centroeuropa". ¿No se puede hablar tampoco de una literatura centroeuropea?

A. K.— Yo veo sobre todo a autores, y cada uno es un mundo. Así que no puedo hablar, en



"Creo que sí existió una cultura europea, y de las más altas. Después de las dos guerras mundiales, eso no es ya tan seguro"

Miguel Sáenz



"El sueño de Centroeuropa es también el sueño de Europa. Tiene que ver con la idea de una comunidad supranacional"

Adan Kovacsics

rigor, de una literatura centro-europea. Eso sí, ahí está la huella de la Shoa. La huella de los totalitarismos. Además, cierta osadía en lo formal y en el pensamiento. Y la propia situación de Centroeuropa entre Occidente y el Este o, como decía Hofmannsthal: entre Goethe y Dostoievski.

M. S.— Totalmente de acuerdo con Adan. Y no hay que pensar solo en la narrativa: polacos como Milosz y Szymborska, recientemente fallecidos, han dejado muy alto el listón de la poesía. Y un novelista como el checo Bohumil Hrabal es difícilmente olvidable. Sin duda hay otros autores de distintos calibres que han tenido una difusión merecida: Sándor Marái, Milan Kundera, Péter Esterházy... Por no hablar de ese genio hoy un poco olvidado que fue Stanislaw Lem.

P.— ¿Y qué hay de la cultura centroeuropea en general? ¿Qué queda del sueño de *Mitteleuropa*?

A. K.— El sueño de Centroeuropa es también el sueño de Europa. El sueño de Centroeuropa tiene que ver con la idea de una comunidad supranacional. No es casual que un centroeuropeo, el conde Coudenhove-Kalergi, abogara por la necesidad de una Europa unida después de la Primera Guerra Mundial y señalara que, si la unión no se llevaba a cabo, el continente estaba abocado al desastre, que fue lo que ocurrió. Tal vez existió una cultura europea en algunos períodos, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando Ibsen, Zola, Tólstói, Dostoievski, Nietzsche

trascendían las fronteras. Eso se hizo trizas en la Gran Guerra, y ya sabemos qué pasó después.

M. S.— Yo creo que sí existió una vez una cultura europea, y de las más altas. Después de la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, de la Segunda, eso no es ya tan seguro.

P.— Sáenz, usted dijo en una entrevista que con la muerte de Günter Grass se iba el último gran intelectual de la literatura alemana. ¿Es una constante esta pérdida sin reemplazo de referentes intelectuales europeos?

M. S.— Bueno, creo que exageraba. ¿Cómo me podría olvidar, por ejemplo, de Hans Magnus Enzensberger? Los jóvenes escritores son otra historia: su verdadera talla solo podrá apreciarse dentro de unos años.

A. K.— Yo creo que sí que es constante esa pérdida sin reemplazo. Y ahora se ha ido Imre Kertész, cuya voz era muy solicitada y escuchada en Alemania, y también en Francia.

P.— ¿Juega algún papel la cultura en los nacionalismos históricos europeos?

A. K.— En algunos lugares sí que desempeñó un papel en el siglo XIX, cuando se produjo algo así como una nacionalización de la cultura.

P.— Se cita a menudo el caso de Alemania, que antes de ser una realidad política fue una realidad cultural.

A. K.— Pero el nacionalismo alemán no sabía qué hacer con Goethe, por ejemplo, que se le escabullía y se le oponía. Ahora bien, lo que hoy en día sí desempeña un papel en los nacionalismos es el cerrilismo, la incultura y la ignorancia.

M. S.— Yo lo que me pregunto es si Alemania ha sido alguna vez centroeuropea y no, simplemente, Alemania.



“Un buen síntoma del mal estado de la cultura en Francia es que se haya sustituido a Balzac por Houellebecq”

Mauro Armiño

P.— Muchos de los titulares que llegan de Europa están relacionados con el auge de la extrema derecha. ¿Es algo que debería preocuparnos?

A. K.— Claro que debe preocuparnos. Somos ciudadanos de la misma Unión y tenemos características comunes que pueden llevarnos a seguir caminos parecidos. Por otra parte, ha surgido un monstruo terrible, cierto ciudadano europeo, un ser arrogante, complacido, satisfecho de sí, inhumano, incapaz de ceder ni una gota de su bienestar, el más grande alcanzado en la historia de la humanidad, incapaz de compartir nada con el resto del mundo, al que desconoce profundamente, porque a lo sumo lo conoce como explotador, despreciador o turista. Además, me preocupa, y mu-

cho, la vuelta a esquemas mentales, a ideas fijas, a simplificaciones de los años treinta. Esa vuelta implica un olvido de la razón de ser de una Europa unida. Y si olvidamos el porqué de la unión estamos perdidos.

M. S.— Me solidarizo por completo con Adán. Todos los nacionalismos son una plaga.

A. K.— Yo creo que están volviendo a aparecer esas fuerzas destructivas de comienzos del siglo XX. Y hay que ver qué formas cobraron luego los nacionalismos en el transcurso del siglo. Son esas fuentes de las que beben hoy los nacionalismos en Francia, en Austria, en Hungría, en los países nórdicos. Qué proximidad aterradora tienen con los movimientos más atroces del siglo XX, con el nacionalsocialismo y con el fascismo, los cuales, por cierto, también se asentaron en períodos de crisis política y económica y llevaron a Europa a la autodestrucción.

P.— ¿En qué medida la debilidad política de la Unión Europea es consecuencia de una debilidad cultural previa?

A. K.— A decir verdad, la Unión Europea se ha ocupado más bien poco de la cultura. Y más bien poco de explicar el sentido de la unión.

M. S.— Creo que una cosa no tiene nada que ver con la otra.

M. A.— Me parece que esa unión ni siquiera se ha intentado llevar a cabo de verdad. La Unión Europea es una institución económica. Hubo intentos, vagos, de conseguir una unión cultural, sobre todo en el Teatro. El Odeón de París sí que se ha esforzado por ser una institución europea, pero aquel primer impulso desapareció. La unión cultural no puede tener éxito porque a nadie le interesa un

pimiento la cultura. Os interesa a vosotros y me interesa a mí, es decir, nos interesa a cuatro maniáticos pero porque nos dedicamos a esto.

P.— ¿Ustedes creen que el *Brexit* puede ser el principio del fin de la Europa unida? Me gustaría que reflexionaran sobre el peso de la cultura británica en Europa.

A. K.— El peso de la cultura británica en Europa es enorme, y lo seguirá siendo. La cultura no tiene fronteras, es una tendencia innata a ella. Shakespeare, Charles Dickens, Virginia Woolf, George Orwell, ¿van a desaparecer? ¿Van a desaparecer las orquestas británicas? ¿La Tate Gallery? ¿Las universidades? Desde luego, el *Brexit* es un triunfo de la ultraderecha y del populismo euroescéptico que se extiende por Europa. Quienes votaron a favor de la salida son los mismos que hace unas semanas votaron por Hofer en Austria. Todo esto es en sí un síntoma de una enorme crisis, la cual se manifiesta en una renacionalización, en un repliegue sobre uno mismo, en una insistencia en lo particular y por tanto en el empobrecimiento espiritual, en una apuesta artera y destructiva por la división, la exclusión y el rechazo al diferente, en una renuncia a la idea supranacional. Y esto no tiene fácil arreglo, porque el neoliberalismo se ha instalado y los populismos son la forma política que adopta. Mentes mezquinas sólo pueden crear realidades mezquinas.

M. S.— Todo eso es cierto, pero no hay duda de que el Reino Unido es mucho Reino Unido. No nos engañemos: nadie escribe mejor que los ingleses, y seguirán haciéndolo, solos o acompañados. **ALBERTO GORDO**